

*nada podrán hacer más acomodado á su obligación de agradecer tan insigne favor que proponer por todos los medios á su alcance la gloria eucarística de Cristo, y conforme á los deseos de su Sagrado Corazón, convidar y atraer á las almas á refrigerarse en el manantial saludable de tan gran Sacramento y de tan gran Sacrificio».*

7. ¿Habéis oído? ¿Os habéis penetrado del espíritu de la doctrina eucarística de León XIII? Antes que estas frases, llenas de autoridad y de unción, fuesen escritas, hombres amantes de Jesús Sacramentado, poseídos de lo necesarias que son las obras eucarísticas en los tiempos actuales para atraer las ovejas cristianas al divino redil, tendieron una mano sobre el altar y otra sobre el pueblo para recoger las gracias inmensas del Sacramento con aquélla y distribuirlas con ésta á los cristianos, sedientos de las mismas. Yo no haré más que echar una simple ojeada sobre las hermosas y consoladoras páginas de la Historia contemporáneo-eucarística para daros á conocer muy en general y á vista de águila los trabajos de esos hombres de ambos sexos, venerados unos por la Iglesia y venerandos otros por los devotos del Sacramento. Contad, contad si podéis los magníficos templos y los suntuosos sagrarios erigidos recientemente á honor del Misterio de los amores. La iglesia carmelitana de Milán os dará un ejemplo de ello. Enumerad las congregaciones religiosas de ambos sexos fundadas para dar culto al Santísimo Sacramento, y cuyos fundadores se llaman Antonio Le-Quién, Catalina de Bar y el cardenal Parochi. Reseñad las Hermandades y Cofradías sacramentales, como la del Sacramento y Divina Pastora, la del Sacramento y Ánimas, el Apostolado de la Oración, las famosas Vigilias de Adoración Nocturna, la Corte de Jesús Sacramentado, la Guardia de Honor al Sagrado Corazón de Jesús, la Asociación de Señoras para velar al Santísimo, la de solteros para desagraviar á Jesús, las Cuarenta Horas, la Congregación de la Vela etc. etc. Describid las obras eucarístico-materiales, como la Obra Expiatoria de la Misa, la de Iglesias y Sagrarios pobres, la de Lámparas al Santísimo, el Comité de las

Obras eucarísticas, la Sociedad de Fastos eucarísticos, la Santa Liga, etc. etc. Ponderad las obras eucarístico-caritativas que, aunque pocas, alivian á los necesitados de este mundo y del otro. Computad esos célebres Congresos eucarísticos internacionales y nacionales: Lille, Avignón, Lieja, Friburgo, Tolosa, París, Amberes, Jerusalén, Reims, Paray-Le-Monial, Bruselas, Lourdes, Angers, Namur, Angulema y Roma, y los de Valencia y Lugo. Enumerad las hojas, y folletos, y revistas eucarísticos, descriptas en el tomo V de esta ENCICLOPEDIA (1), y decidme luego si las obras eucarísticas no han tomado rápido incremento, si no existe una verdadera reacción en el campo cristiano para amar á Jesucristo Sacramentado, y sobre todo si es cierto que hoy no se hacen indispensables estos religiosos y sociales trabajos para conducir las almas á Dios.

8. Después de estas observaciones, añadidme también si no es evidente, con toda la posible evidencia, que los católicos debemos trabajar en este sentido. Es un error de consecuencias funestísimas afirmar que los trabajos religiosos incumben únicamente á los Ministros del Excelso. Es cierto que á los sacerdotes pertenece iniciar y dirigir con todo esfuerzo el negocio de la salvación de las almas, la tranquilidad de las familias y la moralidad de los pueblos; pero también es cierto, sin género de duda, que á los católicos seculares pertenece, sin dispensa y en la medida de sus fuerzas, la cooperación á los trabajos de los Ministros del Señor. Querer que las Antorchas de Israel ardan en lo alto del esbelto candelero de la Iglesia, agitando al propio tiempo fuerte viento en su derredor, ó sin prodigarles una atmósfera pura, es querer que se apaguen, es apetecer un imposible. Hay católicos seculares que agitan aquel maléfico viento, estorbando los planes de los sacerdotes, ó dejando de prodigarles esa atmósfera pura, no prestándoles el apoyo y el concurso necesarios para que luzcan en medio de la congregación de los fieles; y esos católicos seculares no pueden estar, no

(1) Cap. X y XIV.

están en buena conciencia, puesto que desdeñan la Obra de Dios, que es la salvación de las almas, ó la impiden directa ó indirectamente. He ahí por qué se hace precisa la intervención de todos los católicos en el asunto religioso, apoyándose unos á los otros para entrar en el cielo, y prestando apoyo á los Directores de las almas para que inicien y desarrollen hermosos pensamientos con que se conquisten las conciencias para Dios. Si recordáis aquel breve pero terrible precepto del Eclesiástico (1): «El Señor requirió á cada uno de los hombres acerca de su prójimo», temblaríamos ante la obligación que impone, pues cada uno de nosotros dará cuenta al Juez Eterno de la conducta y de la salvación de aquéllos que buenamente pudimos conducir al corazón de Jesucristo y no condujimos, de aquéllos á quienes pudimos salvar y no salvamos. Hagamos por llevar almas al Sacramento del Altar, promoviendo y difundiendo el culto de la Divina Eucaristía que, una vez allí apresadas por Jesucristo Sacramentado, poco nos quedará por hacer sino es perseverar en ese mismo santo y honroso ejercicio, santificando nuestras propias conciencias.

PARTE 2.<sup>a</sup>

9. Acabamos de probar cuán necesaria es en nuestros actuales tiempos la difusión y propagación del culto eucarístico; ahora debe sernos grato estudiar si este bello trabajo es una señal inequívoca de nuestra predestinación. Y lo es en primer lugar, porque con estas halagüeñas labores de que os estoy hablando se ejercita el celo por la gloria de Dios. Con efecto: entre todas las cristianas virtudes, después de la caridad seráfica, ocupa lugar preferente la virtud del celo y ocuparía el lugar primero á no ser porque el verdadero celo es efecto de la caridad y debe estar informado por ella. Jesucristo, Señor nuestro, antes que publicara desde la cumbre del monte aquella hermosa felicidad: «Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia porque ellos

(1) Eccli., XVII, 12.

serán hartos,» tuvo con perfección esta hambre y sed por la gloria de su Eterno Padre. ¿Con qué vehemencia, con qué interés, con qué constancia no defendió sus negocios? «Mi comida, dijo, es hacer la voluntad de mi Padre;» y un momento en que los judíos osaron profanar la casa de Dios, armado con vengador azote, los arrojó de allí con ignominia. Jesucristo desde la mísera cuna hasta la infame cruz, desde la prisión en el seno materno hasta el lóbrego sepulcro, no hizo más que cumplir ajustadamente los deseos de su Padre y promover su gloria. «No busco yo, dice, mi propia gloria sino la gloria del que me envió á vosotros.» He ahí, pues, trazado el camino para que por él ande sin tropiezos el cristiano, el seguidor de Jesucristo. Al buscar la gloria de Dios y no la suya, se niega á sí mismo, se levanta sobre su propia miseria y se identifica con el mismo Jesucristo, cuya vida no fué más que un constante ejercicio de celo; y he ahí entonces al cristiano salvado, puesto que ha guardado fielmente los mandatos del Señor.

Ahora, aplicad todos estos antecedentes á los católicos que se ejercitan en las obras eucarísticas, y decidme luego si con ellas no practican la virtud del celo, buscando por todas partes la gloria de Dios en su Divino Hijo Sacramentado. Sólo Dios puede escoger á un hombre para que trabaje con fruto en su servicio. Cuando éste prepara el terreno, desbrozándolo y desmenuzándolo, y luego arroja en él la semilla adecuada, Jesucristo fertiliza aquel campo, enviando la copiosa lluvia de sus gracias; y esto, ¿no es acaso una garantía de elección que Dios hace de ese individuo para el cielo? Me refiero al católico que obra de buena fe, con sana intención, sin idea de lucro, ni esperanza de retribución humana: éste sin duda, al obrar así, posee en sus labores eucarísticas una señal indefectible de predestinación.

10. Pero con esta clase de trabajos se ejercita además el celo por la salvación de las almas, que es otra señal inequívoca de nuestra elección á la gloria. Veámoslo: entre todas las cosas divinas, ninguna más divina, afirma el Areopagita, que consagrarse con amor á la salvación de las al-

mas. Y el Crisóstomo, severo con todas las virtudes menos con las que de la caridad proceden, añade: ¿Qué importa que hayas padecido hambre y que sea ceniza tu alimento? Ayuna, ora, que estas obras son poca cosa si no eres útil á tu prójimo. Procurar lo que pueda ser favorable á nuestros hermanos es la regla verdadera de la caridad, su señal más segura y el colmo de la perfección. Á todas estas respetables autoridades pone el sello el Espíritu Santo por boca de Santiago, glorificando en cierto modo, aun en este mundo, al que es celoso por la salvación de las almas. «Aquél, dice, que convertirá á un pecador apartándolo de sus extravíos, salvará su alma de la muerte, y cubrirá la multitud de sus pecados». ¿No es ésta, acaso, una verdadera garantía de la salvación del que se ocupa en las obras del cielo? ¡Ah! Si Jesucristo, Señor nuestro, después de buscar en este mundo la gloria de su Padre anhelaba por la conversión de los pecadores, justo será que el discípulo de Jesucristo imite á su Divino Maestro, rescatando almas del infierno. Si hoy existen hombres perversos, que, no ya por lucro ó por interés, sino por mero fanatismo, se ocupan en pervertir á otros hombres de alguna conciencia, justo será que el amante de Jesucristo, imitando sólo en la forma el trabajo de aquellos impíos, haga por convertir del mal al bien á los pecadores, del vicio á la virtud á los viciosos y del error á la verdad á los incrédulos.

Mas, si por base de todas sus operaciones caritativas toma por modelo á Jesucristo en el Sacramento del amor; si se esfuerza por conducir á Él corazones relajados ó disipados; si con este amor divino vuela sin descanso y temor á todas partes donde haya un alma que poder conducir al redil de Jesucristo; si por todas estas obras sólo espera la recompensa eterna del cielo, ¡ah! entonces, en sí mismo, en sus propias obras posee una señal inequívoca de predestinación al cielo.

¶. Ésta debe ser, por consiguiente, nuestra acción: acción de piedad eucarística, acción de amor fraternal. Ya nos dirijamos á Dios, ya volvamos los ojos á nosotros mismos,

ya los tendamos hacia los demás, nuestro norte y nuestro centro debe ser Jesucristo Sacramentado. Que todas nuestras operaciones tomen un tinte amoroso eucarístico, á fin de que, recibiendo de Cristo en el Sacramento la virtud de las mismas, y extendiéndolas en nuestros prójimos, la recojamos después, no para deleitarnos en ella, sino para devolverla al mismo Salvador. ¡Cuán triste y doloroso es que haya hombres que se sacrifiquen inútilmente por sus semejantes, con humanitarias miras solamente; que descuiden su persona por atender á los obsequios ó á las etiquetas sociales de sus amigos, y que haya tan pocos católicos que practiquen la virtud del sacrificio por sus hermanos, únicamente con miras divinas para ganarlos á Jesucristo! Sean nuestras obras informadas por la caridad, dirigidas por la caridad y por la caridad terminadas; mas esta caridad debe partir de Jesucristo Sacramentado, foco de amor, arsenal de las virtudes y centro del Cristianismo; debe promediarse en Jesucristo Sacramentado, luz de las almas, camino del cielo y vida de la Iglesia; debe terminarse en Jesucristo Sacramentado, recompensa grande, fin de nuestras aspiraciones y gloria del Padre; porque debemos tener siempre presente que amando á Jesucristo en su Misterio del altar, y trabajando para su gloria, lo hemos hecho todo, hemos cumplido con la misión de católicos, puesto que, como afirma León XIII (1), á la Eucaristía ha de mirársele en todas ocasiones como centro de la vida cristiana, ya que Ella constituye el alma y la gloria de la Iglesia.

No otra cosa me resta ya que exhortaros. Por las benignas entrañas del Salvador, venerad con sumo respeto, adorad con humildad profunda, amad con amor inmenso, celad constantemente al Santísimo Sacramento del Altar, á fin de que Él dirija todas nuestras operaciones, y el mundo se convierta á Él; y de todos los hombres y de todas las cosas resulte esa bella y santa gloria que los cristianos le hemos incoado en la tierra, para proseguirla sin fin en compañía de los ángeles en el cielo. Amén.

(1) Encíclica sobre la Eucaristía.